



EL DUENDE VERDE

EL HIJO DEL JARDINERO

Juan Farias

Ilustración: José Ayala y Teresa Novoa



ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Juan Farias, 1987
© De las ilustraciones: José Ayala y Teresa Novoa, 1987
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 1987
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª ed., marzo 1987
11.ª ed., octubre 2013

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-207-2786-8
Depósito legal: M. 4.730/2008

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Juan Farias

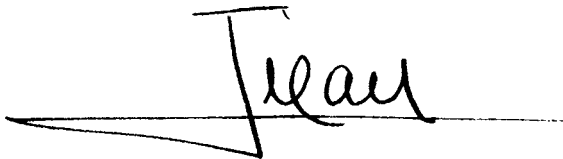
EL HIJO DEL JARDINERO

Ilustración: José Ayala y Teresa Novoa

Q U E R I D O L E C T O R

Siempre hay una razón para escribir una dedicatoria o cantar debajo de una ventana. En este caso se trata de un recuerdo que merece la pena. Fue en primavera. A mi alrededor había seis o siete docenas de niños y cuatro bibliotecarios. Los niños hacían preguntas y los bibliotecarios también jugaban, todos jugábamos a lo mismo. Yo era el escritor y ellos tenían que averiguar el porqué, el cómo y el dónde de mi trabajo. Hubiera sido lo mismo si en vez de dedicarme a inventar hijos de jardinero, monstruos verdes o paladines, fuese bombero, escalamuros, doctor en medicina o perro de lanas. El juego es la curiosidad, conocer y hacerse amigo de las cosas, las personas y los oficios.

Fue en primavera, en una habitación
llena de luz, libros, niños y
bibliotecarios. Jugamos y ellos
supieron de mí y yo supe de ellos.
Ahora tenemos recuerdos en común,
ya no somos extraños. Por algo así
se puede brindar, hacer festivo un
jueves de abril o escribir una
dedicatoria.
Con todo afecto,

A handwritten signature in black ink. The name "Jean" is written in a cursive style. The letter "J" is large and has a long horizontal stroke extending to the left. The rest of the name "ean" is written in a more fluid, cursive script. The signature is positioned above a horizontal line that spans the width of the text area.

*A los cuatro
bibliotecarios de
aquella primavera.*

1

ENCONTRÉ estas notas en uno de esos cuadernos en los que escribo de todo, lo que vi, lo que quiero ver, lo que no pasó nunca, nombres de chicas que tienen la sonrisa mágica, fórmulas para volar más rápido que la luz, recetas para hacer pastel de manzanas, palabras que me gusta escribir, decir y leer, algún «te quiero» y más cosas.

Papá tiene más de veinte años. Eso se nota enseguida. Ya es viejo y además lleva

bigote, pero todos lo tratan de tú.

Todos dicen que papá es flaco y feo. A mí no me lo parece. A lo mejor es que, de tanto verlo, ya estoy acostumbrado.

A mamá debe pasarle lo mismo.

Papá es jardinero y trabaja en el Parque de los Tilos.

El parque está a la orilla del río. Allí juegan los niños, toman el sol los viejos y pasean los enamorados. También suele haber personas solitarias y tristes.

En el parque, papá siembra las primaveras, poda los árboles que hay que podar, da de comer a los patos y recoge las plumas que pierde el pavo real.

A papá le pagan, pero no mucho, y eso, los sábados, lo



pone de mal humor. Mamá lo sabe y baja a esperarlo al portal, le da un beso y le dice:

«Te he preparado unas alcachofas y están calientes, marido».

Mamá es bonita. Papá dice que mamá es bonita y a mí también me lo parece.

A veces mamá se enfada y entonces tengo que hacer cosas que no me gusta hacer.

A nadie le gusta no poder quedarse un poco más en la calle, o tener que dejar cada cosa en su sitio, o estarse quieto y callado, sobre todo si lo que uno quiere es meter ruido y no estarse quieto.

A mamá también la tratan de tú, pero si en casa ya no hay dinero porque es día veintisiete, la verdulera le fía y todos le fían lo que haga falta.

Yo, mamá y papá, vivimos en un cuarto piso.

A mi casa hay que subir a pie. *(Aún no se habían inventado los ascensores para las casas de los jardineros, los maestros de escuela o los dependientes de droguería).*

De mi casa uno puede bajar deslizándose por el pasamanos.

Mi casa es bonita.

Desde una ventana se ve la torre de la catedral, más alta que todo, a veces enredada de golondrinas y de sol. Entonces parece que se mueve.

Desde otra ventana se ve el tejado y el patio de la carbonería.

Una tarde vi al carbonero y a su hijo que comían el pan sin haberse lavado las manos.

El hijo del carbonero no va a la escuela y por eso suma con los dedos.

En aquellos días, mi ciudad aún era pequeña y tranquila. Se podía jugar a la pelota en la calle y correr por ella porque el único coche metía mucho ruido, corría poco y además tocaba la bocina.

Los barrenderos tenían un carro, y del carro tiraba una mula.



Los enterradores tenían una carroza, y de la carroza tiraban dos caballos negros.

Los curas iban a pie y llevaban sotana.

El cartero tenía una bicicleta y a veces me dejaba dar una vuelta.

El coche era del jefe de los soldados.

Algunos días los soldados desfilaban en fila de tres, con tres cornetas y tres tambores. Los niños íbamos detrás y los imitábamos.